
Introducción: Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización

◀ Daniel Mato *

¿Qué sentido tiene calificar a un conjunto de estudios como “latinoamericanos”? ¿En qué sentido/s esta marca podría resultar significativa respecto de un conjunto de estudios sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización? Me adelanto a advertir que el uso de esta expresión no responde a ningún tipo de posición esencialista, nacionalista, ni nada semejante. Por el contrario, esta calificación responde a factores complejos que resultan significativos para las posibles lecturas de estos estudios.

Si este libro contuviera un conjunto de textos producidos en Estados Unidos, o quizás incluso en algunos países de Europa Occidental, seguramente no encontraríamos una señal explícita de que ellos provienen de cierto/s contexto/s social/es específico/s. En tal caso el título del libro y de su introducción quizás sería simplemente *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Mi experiencia de muchos años como lector de estos temas me lleva a concluir que demasiado frecuentemente quienes miran desde esos espacios del mundo suelen asumir sus miradas como universales. Sería tedioso y antipático ofrecer una lista de ejemplos: casi cualquiera podrá encontrarla con sólo recurrir a su memoria o pasar su mirada por los estantes de su biblioteca. Sin embargo, sucede que ellas están tan marcadas por los respectivos contextos institucionales y sociales de producción como los artículos de este libro, sólo que esas marcas son otras. Frecuentemente, los investigadores situados en esos contextos metropolita-

* Coordinador del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Centro de Investigaciones Postdoctorales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

nos suelen asumir que lo que ocurre en sus propios espacios sociales es de algún modo representativo de lo que sucede (o tarde o temprano acabará sucediendo) en el resto del mundo, o bien olvidar que existen otros espacios en el mundo o, en el mejor de los casos, asumir que sus interpretaciones –necesariamente marcadas por los contextos institucionales y sociales en los cuales desarrollan sus prácticas– acerca de lo que sucede en otras latitudes, tienen valor universal. Así, muchos de esos textos no resaltan sus marcas de lugar, ni ofrecen una reflexión sobre las peculiaridades de su lugar de enunciación, sobre el contexto institucional y social de producción de sus ideas.

Pienso que, en contraste, una característica de quienes miramos el mundo desde espacios sociales “no-metropolitanos” es que, deseémoslo o no, es difícil no tener conciencia de que el mundo es amplio y diverso o, cuanto menos, de que existen esos otros espacios sociales a los que a falta de mejor denominación vengo denominando “metropolitanos”, así como otros espacios “no-metropolitanos”, que no obstante son muy diferentes al propio, en África y Asia particularmente. A partir de allí es bastante sencillo desarrollar una cierta conciencia de que nuestras interpretaciones son sólo “miradas”, o perspectivas parciales o específicas, y que en tanto tales están marcadas por el lugar de enunciación (el cual desde luego no se define tan sólo por coordenadas geográficas, que son las únicas que por el momento estoy poniendo de relieve). Pero no sólo eso: otra peculiaridad de las miradas desde esta parte del globo –que usualmente se conviene en llamar “América Latina”– es que además éstas suelen expresar un interés no sólo por el espacio social inmediato (por ejemplo, la sociedad local o nacional de la cual forma parte el/la investigador/a en cuestión) sino, además, una preocupación por “América Latina”. Esta preocupación o interés suele presentarse aún cuando se tenga conciencia de que este nombre no constituye una entidad “natural” sino una idea; una idea histórica, complicada y conflictiva, que esconde múltiples diversidades y exclusiones, de la cual hay diversas representaciones.

Sin embargo, más allá de que esta expresión contiene diversidades, exclusiones y conflictos, y que de ella hay variedad de representaciones, con mayor o menor conciencia de ellas, las reflexiones y discursos de la mayoría de los intelectuales “latinoamericanos”, además de referirse a los espacios locales, nacionales, regionales o transnacionales que constituyen el foco más específico de sus trabajos de investigación, incluyen reflexiones cuyo referente es “América Latina”, así en su conjunto.

Y acá me parece necesario hacer una digresión para aclarar que al decir intelectuales “latinoamericanos” me refiero a aquellos que desarrollan(mos) sus(nuestras) prácticas en ese espacio del mundo que se despliega al sur de los Estados Unidos y que convencionalmente suele denominarse “América Latina”, así como también a no pocos de aquellos que habiendo nacido en este espacio han migrado o son hijos de migrantes, y por eso las desarrollan en otros espacios del globo, pero

continúan considerándose a sí mismos “latinoamericanos”. Obviamente, los casos de este segundo tipo están marcados también por su relación a distancia y por las especificidades de los marcos sociales e institucionales en los cuales estos latinoamericanos migrados producen sus interpretaciones. Pero esto no quita que muchos de ellos también elaboren sobre América Latina como conjunto, y que lo hagan en formas que no sólo deben diferenciarse de las de quienes lo hacen desde “adentro”, sino también de las elaboraciones de aquellos otros que antes que como “latinoamericanos” se autoidentifican como “latinoamericanistas”, y cuyas elaboraciones no sólo están marcadas por esos marcos institucionales y sociales extra-latinoamericanos, sino también por otras afiliaciones afectivas, y porque las perspectivas de sus vidas personales y las de sus familiares no dependen en tan gran medida de lo que ocurra en las sociedades de la región. Algo en algún sentido semejante (no igual, sólo semejante, pero éste no es el lugar para elaborar al respecto) ocurre con aquellos que no han migrado, sino que hoy hacen sus vidas en Estados Unidos porque los territorios de referencia de sus familias de origen de un modo u otro han sido anexados por Estados Unidos: es el caso de los puertorriqueños y de los mexicanos del viejo norte de México, (el de antes de la anexión de 1848), y que según los casos optan por autodenominarse mexicoamericanos, chicanos, o simplemente mexicanos. De todos modos, dado que estamos hablando de formas de conciencia, estas generalidades deben tomarse sólo como tales, entendiendo que hay casos peculiares y, sobre todo, que no hay determinismos o determinaciones que permitan ubicar *a priori* ningún caso particular.

En todo caso, y para continuar con la argumentación del porqué resaltar la marca “latinoamericana” de estos estudios, deseo enfatizar que calificarlos de este modo supone asumir también que estas maneras de mirar –diversas pero en más de un sentido a la vez semejantes– provienen de contextos sociales entre los cuales es posible señalar algunas similitudes y conexiones, históricas y contemporáneas. Los vínculos entre las historias de estos contextos en muchos casos se remontan a períodos anteriores a la mera existencia del nombre “América Latina” y encuentran sus orígenes en los movimientos anticoloniales de principios del siglo XIX. Los presentes de estos contextos, que en parte son tematizados en los artículos incluidos en este libro, también encuentran entre sí muchos rasgos semejantes, los cuales, cuando se dan todos juntos, los diferencian a su vez de los de otras regiones del globo: lugares semejantes en los sistemas internacionales de división del trabajo y de relaciones de poder; procesos semejantes de “ajuste estructural” de inspiración neoliberal; formas de exclusión social semejantes; procesos semejantes de democratización tras experiencias dictatoriales y en general autoritarias, tan recientes que todavía son presentes (que si bien hoy no ocurren en todas, sí se dan en muchas sociedades nacionales del área); tradiciones autoritarias aun vigentes; y tantos otros rasgos que sería difícil enumerar en un párrafo sin caer en una retórica aburrida y superficial.

Esas historias y presentes a la vez validan la idea de América Latina y nos obligan a asumir perspectivas críticas al respecto. Se trata de una tarea fértil a la

cual estamos cada vez más acostumbrados, y que entre otras exigencias de método implica no asumir la idea de América Latina como si ésta designara un espacio social homogéneo y geográficamente delimitado, sino asumirla como designando un espacio social pleno de diferencias, en constante transformación y sin límites espaciales precisos, en el cual, obviamente, no podría esperarse que emergiera una suerte de pensamiento común. Así, la idea de “estudios latinoamericanos” que aquí pretendo destacar sólo señala la conciencia de que estos estudios de un modo u otro están marcados por los contextos sociales en que han sido producidos, y que estos forman parte de esa región del mundo que convenimos en llamar “América Latina”. Y convenimos en llamarla así aun cuando –al menos algunos– tenemos conciencia de que alberga a numerosos y significativos grupos de población que poco o nada tienen de “latinos”, como por ejemplo los pueblos indígenas de la región, o los descendientes de los antiguos esclavos africanos, o los migrantes no-latinos provenientes de todo el globo pero en especial de algunos países de Europa, Asia y Oriente Medio.

Obviamente, resaltar la cualidad de “latinoamericanos” de estos estudios no agota toda marca significativa; sólo destaca una característica, aunque ello no suponga la ignorancia de otras que también pueden ser relevantes. Por ejemplo, con excepción de sólo uno de ellos (el de Jesús “Chucho” García, un intelectual activista trabajando en el marco de una organización de investigación-acción que él mismo ha creado), estos son estudios producidos como parte de las prácticas de intelectuales ligados en mayor o menor medida a universidades y centros de investigación, independientemente de que además estén vinculados a otros tipos de instituciones. Otro ejemplo de marca significativa que no puede quedar oculta tras la identificación de estos estudios como latinoamericanos es que todos ellos han sido producidos por intelectuales que trabajan en una de las dos lenguas oficiales de los estados latinoamericanos, y que ninguno es resultado del trabajo de intelectuales indígenas que trabajan en sus lenguas nativas con poblaciones cuya primera lengua es una de esas lenguas nativas –y los casos no son ni pocos ni no-significativos entre los hablantes del quechua, el aymara y las lenguas mayas. Sin embargo, el reconocimiento de las limitaciones de esta colección de estudios no desdice la pertinencia de marcarlos como latinoamericanos: sólo previene de la posibilidad de pensarlos como “representativos”.

Pero además, en mi opinión, las marcas particulares que podemos imputar a estos estudios no se relacionan sólo y directamente con esos contextos sociales en sentido amplio, por lo demás tan diversos como lo son unas sociedades nacionales latinoamericanas de otras, sino también con los contextos institucionales de producción de estos discursos, los cuales forman parte de esos contextos sociales. La consideración de la significación que pueden tener para estos estudios esos contextos institucionales incluye pero no se limita a lo que podríamos llamar las tradiciones intelectuales en las cuales se inscriben, así como al hecho frecuente entre los intelectuales latinoamericanos de que nuestras prácticas se desarrollen no sólo en espacios académicos, sino también en otros tipos de espacios.

Respecto de lo que podríamos llamar tradiciones teóricas, sería posible decir que en los trabajos incluidos en este volumen, como en la mayor parte de la producción latinoamericana sobre estos temas, puede observarse la apropiación de tradiciones teóricas provenientes no sólo de otros países de América Latina, sino también de diversos países de Europa Occidental (especialmente de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia) y de Estados Unidos, así como, aunque menos frecuentemente, también de fuentes de otras regiones no-metropolitanas; africanas específicamente, no tanto en el caso del texto acá incluido pero sí de otros textos de Jesús “Chucho” García. Esta característica de la producción latinoamericana no es reciente, y se explica en parte por el pasado colonial de nuestras sociedades. Pienso que ésta es una característica que puede observarse de manera más profunda y frecuente en la producción de los intelectuales latinoamericanos que en la de aquellos que desarrollan sus prácticas en el marco de sociedades “metropolitanas”. Esta suerte de multiligüismo, sin duda consecuencia de la historia colonial y postcolonial de las sociedades latinoamericanas, es una característica importante del trabajo de numerosos intelectuales de la región. Basta con contrastar las bibliografías de referencia de los trabajos de los intelectuales latinoamericanos y las de nuestros colegas estadounidenses y franceses para constatar esta aseveración, aún cuando es necesario reconocer que en las últimas décadas ha habido mayor apropiación de lo producido en francés por parte de nuestros colegas angloparlantes.

Pero las características de estos trabajos relativas a las tradiciones intelectuales dentro de las cuales se inscriben no sólo remiten al asunto de sus fuentes teóricas, sino también a los modos de articulación social de las prácticas intelectuales de las cuales forman parte. Varios de los artículos incluidos en este libro resultan indicativos del hecho de que las prácticas de buena parte de los intelectuales latinoamericanos se desarrollan fuera, o al menos más allá, o afuera y adentro, del ámbito convencionalmente académico. Esta diversidad de articulaciones no sólo resulta significativa desde un punto de vista político, sino también por su poder para estimular desarrollos teóricos innovadores, pues incide no sólo en la elección de temas, sino también en la reflexión ética y epistemológica que condiciona a las preguntas y modos de investigación. Prácticamente todos los artículos incluidos en este libro hacen explícitos sus intereses de intervención en el diseño de políticas de diversos actores sociales (incluso pero no sólo de los gobiernos nacionales y sus agencias). Varios de ellos incluso mencionan explícitamente sus vínculos e intercambios con una amplia diversidad de actores sociales, la cual incluye organismos estatales de varios países, organismos internacionales, organizaciones de derechos humanos, organizaciones indígenas, organizaciones afrolatinoamericanas, y otros actores participantes en diversos movimientos sociales. Incluso, varios de estos textos explícitamente elaboran acerca de la necesidad de ampliar el concepto y campo de las políticas culturales, afirmando que éstas no son potestad exclusiva de los estados, que las de los estados no pueden limitarse

a las “bellas artes” y las “culturas populares”, que estas políticas no pueden ya formularse a niveles sólo nacionales sino que es necesario concebirlas y elaborarlas transnacionalmente, etc. Pero lo más interesante del caso es que los autores que pregonan(mos) esto en sus(nuestros) trabajos frecuentemente se(nos) involucran(mos) ellos(nosotros) mismos en experiencias de este tipo.

Sin embargo, debe destacarse que este tipo de interés e involucramiento no es una novedad en el ámbito latinoamericano, sino que constituye una suerte de constante histórica, que se remonta a la época de los movimientos independentistas y de fundación de las nuevas repúblicas. Para no caer en idealizaciones, también es necesario subrayar que este interés no sólo, o no siempre, ha obedecido a ciertas maneras de entender el trabajo intelectual, sino también a la relativa escasez de puestos en las universidades, o a las dedicaciones parciales que éstas ofrecen como posibilidad y a las bajas remuneraciones que estimulan a no pocos intelectuales a buscar actividades complementarias. El caso es que en las sociedades “metropolitanas” buena parte de quienes se dedican a las así llamadas humanidades y ciencias sociales desarrollan sus prácticas casi exclusivamente en ámbitos académicos y viven de su trabajo (y así, cabe llamarlos “académicos”). En cambio, en América Latina sucede que es menos frecuente que quienes nos dedicamos a las humanidades y ciencias sociales limitemos nuestras prácticas al ámbito académico. Por lo cual en nuestro ámbito es más frecuente autoidentificarnos como “intelectuales” que como “académicos”, y como consecuencia de esto y de los regímenes autoritarios que han gobernado a los países de la región, también resulta que en lugar de vivir de sus(nuestros) trabajos, muchos intelectuales han sido muertos debido a su trabajo, otros han estado en prisión, otros hemos tenido que migrar o exiliarnos. Estos tipos de circunstancias marcan de diferentes formas la producción de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos, y en todo caso de los artículos contenidos en este volumen. No casualmente, uno de los temas más importantes en las deliberaciones de la reunión del grupo de trabajo en la cual se presentaron versiones preliminares de los textos de este libro fue cómo articular nuestras prácticas con las de otros actores sociales significativos en las luchas sociales contemporáneas por la democratización de las sociedades latinoamericanas.

Pienso que lo hasta aquí expuesto resulta significativo para comprender por qué la discusión sobre cultura y transformaciones sociales tiene tanta importancia en América Latina. Por eso al comenzar nuestro trabajo propuse al grupo un conjunto de preguntas en torno a esa relación que sirviera de punto de partida para la elaboración de las ponencias que posteriormente se transformaron en los artículos incluidos en este volumen. En general esas preguntas giraban en torno a dos ejes principales, que pueden expresarse como dos preguntas generales: a) ¿cuáles son nuestras ideas acerca de cómo “lo cultural” –lo simbólico social en el sentido más amplio posible– incide en los procesos sociales/políticos?, y en particular de cómo lo hace en el contexto de los procesos de globalización contemporáneos. Y b) ¿cuál es el impacto en América Latina de la creciente institucio-

nalización de los llamados *Cultural Studies* en países de habla inglesa, y de lo que en ellos ha comenzado a denominarse *Latin American Cultural Studies*?

Lo hasta aquí expuesto también resultará significativo para comprender por qué esas preguntas han dado lugar a tematizaciones y tratamientos tan diversos como los que pueden encontrarse en este libro, y por qué ciertos temas resultan recurrentes. Pienso que puede ser interesante poner de relieve algunos de estos temas y posiciones.

Por conveniencia expositiva comenzaré por lo referente a la segunda pregunta. Como es obvio, la pregunta sobre el impacto de los llamados *Cultural Studies* se relaciona específicamente con un elemento contemporáneo de los intercambios teóricos entre comunidades intelectuales, y así con lo expuesto más arriba respecto de las múltiples fuentes de las elaboraciones de los intelectuales latinoamericanos. Como resultara evidente por lo expuesto en páginas anteriores, le asigno gran importancia a este asunto. Por eso la ponencia que presenté en la reunión del grupo de trabajo (noviembre de 1999) trataba tanto sobre esta pregunta como sobre lo planteado por la primera de ellas. Pero ese texto era demasiado extenso, y debido a las limitaciones de espacio que imponía esta publicación opté por dedicar el artículo incluido en este libro sólo a la primera de las preguntas. Esto explica por qué el artículo de Martin Hopenhayn incluido en este libro hace referencia a mis ideas sobre el tema basándose en esa ponencia, sobre lo cual nada se encontrará en el artículo acá incluido. El caso es que sólo uno de los miembros del grupo, Nelly Richard (2001), decidió dedicar su artículo exclusivamente a esta segunda pregunta, mientras que los artículos de Lourdes Arizpe (2001), Néstor García Canclini (2001) y Gustavo Lins Ribeiro (2001) tratan esta pregunta y además otros asuntos. En todo caso, lo interesante al respecto es que más allá de diferencias en sus argumentaciones, las cuales es imposible reseñar acá, los mencionados artículos, así como mi ponencia, coinciden tanto en expresar apertura hacia los aportes de esas corrientes de pensamiento que suelen denominarse *Cultural Studies* y en lo que de ellas pueda aprovecharse, como en advertir respecto de la necesidad de hacerlo con conciencia de las diferencias entre las experiencias sociales en las cuales están enraizadas esas corrientes y las experiencias de las sociedades latinoamericanas.

Esta convergencia entre las posiciones expresadas en esos cuatro textos puede caracterizarse como de un cierto tipo de apertura al intercambio transnacional entre comunidades intelectuales. Digo que dicha apertura es de un cierto tipo porque no es ingenua, sino que se caracteriza por una conciencia del carácter contextualmente referido de cualquier discurso y práctica social. Pienso que este tipo de apertura no conduce a la importación acrítica de ideas, sino a su apropiación creativa. Por ello me parece oportuno señalar que considero inconveniente adoptar el nombre de “Estudios Culturales”, resultante de la simple y directa traducción de la expresión en inglés *Cultural Studies*. Como lo he argumentado más extensa-

mente en otras oportunidades (Mato, 1999), pienso que la traducción literal del nombre tiene varios inconvenientes que me parece necesario exponer.

Si, como suele ser asumido entre quienes hacen *Cultural Studies* en el mundo de habla inglesa, este nombre se aplica a un campo heterogéneo de prácticas académicas e intelectuales de carácter no-disciplinario, o transdisciplinario, que estudia e interviene críticamente en asuntos de cultura y poder, entonces resulta que en América Latina lo que ahora algunos comienzan a llamar “Estudios Culturales” (traduciendo literalmente del inglés) existe desde hace tiempo. Como explicaré más abajo, no se trata de afirmar esta historia latinoamericana para adoptar una posición nacionalista desde la cual rechazar esta provechosa corriente de trabajo. Pero antes me parece interesante señalar que respecto de esta historia y diferencias resultan significativas las opiniones de Néstor García Canclini (1996: 84) y de Jesús Martín Barbero (1997: 52), por tratarse de dos de las voces más reconocidas como exponentes de los así llamados “Estudios Culturales Latinoamericanos” por quienes en castellano o en inglés utilizan esta denominación. Efectivamente, estos dos autores han sostenido que tanto en sus propios casos, como de manera más general en los de los intelectuales latinoamericanos, las orientaciones de trabajo con esas características son anteriores a tener noticias de la existencia del nombre institucionalizado como *Cultural Studies*. Pero no sólo eso: estos dos autores también han sostenido que estos tipos de estudios tienen en América Latina tanto “una historia muy distinta” como características que actualmente los diferencian de los que se hacen en Inglaterra y Estados Unidos (García Canclini, 1998: 16; Martín Barbero, 1997: 52-53). Debo reconocer, no obstante, que a pesar de formular estas importantes observaciones estos dos autores sí utilizan la expresión “estudios culturales” que aquí critico.

Obviamente, no se trata de plantear esta posición acerca de que este tipo de prácticas intelectuales ya existían y existen en América Latina, en algunos casos incluso autónomamente de lo que ocurre en el mundo de habla inglesa, en términos de una suerte de “nacionalismo” latinoamericano. No, terminantemente, no se trata de eso. De lo que se trata es de comprender que si en América Latina existen desde hace tiempo líneas/tradiciones de trabajo que trascienden/atraviesan las fronteras disciplinarias y que tienen aproximaciones políticas a lo cultural, y culturales a lo político, y ello con objetivos de intervención y por tanto contextualmente referidas, entonces seguramente resultará fértil valorarlas, revisarlas, criticarlas, profundizarlas, aprovecharlas conscientemente. Siendo así, antes que traducir literalmente el nombre de este campo, y con ello de asumir como referentes canónicos los que acompañan a esa traducción –como comienza a pasar en algunos estudios realizados en América Latina que se presentan como “estudios culturales”–, me parece potencialmente más provechoso hacer un esfuerzo por recuperar creativamente los antecedentes de este campo en la historia intelectual de esta parte del mundo. Así, reitero, pienso que no se trata de formular una oposición “nacionalista” latinoamericana a los *Cultural Studies* –nada más lejos del espíritu de

mi propuesta– sino de dialogar creativamente, con consciencia de los procesos globales en curso, con consciencia de contextos, estableciendo relaciones transnacionales provechosas entre las comunidades intelectuales que trabajan en una y otras lenguas. Por eso en el contexto latinoamericano, en lugar de utilizar la expresión “Estudios Culturales Latinoamericanos”, me parece más conveniente hablar de “Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Poder”, para así valorar las tradiciones latinoamericanas de intelectuales políticamente comprometidos, y también para prevenimos de la despolitización que crecientemente puede observarse en algunas variantes de los *Cultural Studies* que se hacen en inglés².

Pienso que es posible ilustrar algunas de las consideraciones precedentes comentando cómo los artículos incluidos en este libro han abordado el tratamiento a la pregunta sobre la relación entre cultura y transformaciones sociales. Desde luego, el universo de estudios latinoamericanos que permitiría ilustrar esas consideraciones es mucho más amplio, y estos artículos no son sino un conjunto muy acotado. No obstante, y sin pretender que serían representativos de ese universo, buena parte de ellos muestra la vitalidad de este tipo de prácticas intelectuales en América Latina. Estas prácticas se expresan en abordajes no- o trans-disciplinarios que examinan con sentido crítico y vocación de intervención (y en muchos casos como parte de prácticas activas de intervención) lo político de lo cultural y lo cultural de lo político.

Una primera observación que se desprende del examen de este conjunto de artículos es que buena parte de ellos contextualiza sus análisis en el marco de los procesos de globalización contemporáneos (Arizpe, 2001; García, 2001; García Canclini, 2001; Hopenhayn, 2001; Lins Ribeiro, 2001; Martín Barbero y Ochoa, 2001; Mato, 2001; Richard, 2001). Otra característica común a la mayoría de ellos es que ponen de relieve y/o analizan la importancia de diversas formas y mecanismos de exclusión y/o inequidad (Arizpe, 2001; García, 2001; García Canclini, 2001; Hopenhayn, 2001; Jelin, 2001; Martín Barbero y Ochoa, 2001; Salas 2001), y también que por lo mismo varios de ellos enfatizan la necesidad de repensar y reformular la idea y alcances de las políticas culturales (Arizpe, 2001; Hopenhayn, 2001; García Canclini, 2001; Martín Barbero y Ochoa, 2001). Adicionalmente, podemos ver que diferentes artículos hacen énfasis en algunos aspectos particulares.

Por ejemplo, algunos de ellos examinan la importancia de las prácticas de y a través de las así llamadas “industrias culturales” en los cambios sociales contemporáneos. Así, Hopenhayn (2001) destaca que éstas se han convertido en un espacio significativo de disputa en la articulación de la cultura y la política, porque, según argumenta, en la actualidad no es tanto en la producción de sentido sino en su circulación donde se juegan proyectos políticos. Enfatiza así que “en la circulación, mucho más que en la producción, la cultura deviene política” (2001), y que por eso la construcción y el ejercicio de la ciudadanía pasan hoy, en buena

medida, por la presencia mediática. Pero, sostiene, resulta que no sólo hay inequidad y exclusión económica, sino también grandes asimetrías de poder simbólico. Como veremos en las próximas páginas, otros artículos abordan este asunto desde otras perspectivas que resultan complementarias.

Las relaciones entre “cultura” y “desarrollo” son tematizadas por varios de los artículos. Arizpe (2001) enfatiza que es necesario comprender que es el desarrollo el que se inserta en la cultura, y no a la inversa. Así, argumenta acerca de la necesidad de ampliar el marco de acción de las políticas culturales tanto en términos de alcance (el cual, sostiene, debe trascender los marcos nacionales) como de contenidos. Explica que esto último debe entenderse asociado a la idea de la importancia del trabajo cultural que implica imaginar nuevas instituciones sociales y políticas, reinventar el estado y la sociedad civil, y avanzar en la construcción de espacios pluriculturales. Para apreciar la importancia de los puntos de vista expuestos en el texto de Arizpe en términos de su capacidad de incidir en la formulación de políticas culturales a nivel mundial, no puede perderse de vista que la autora ha sido Directora Asistente de Cultura de la UNESCO, que es el cargo de mayor responsabilidad respecto del tema “cultura” en ese organismo.

El texto de Martín Barbero y Ochoa (2001) también se ocupa de la relación entre cultura y desarrollo, y en particular de la importancia que en tal sentido adquieren las construcciones identitarias. Y, como el de Arizpe, también apunta a las limitaciones de las políticas culturales convencionales y evalúa algunos cambios posibles en ellas. Así, este texto pone de relieve no sólo la importancia de las llamadas industrias culturales, sino también las experiencias de comunidades y grupos de población que muestran caminos que los estados aún parecen no vislumbrar. Así, ponen el ejemplo de radios y televisoras locales, y de grupos populares de producción de videos. Otro aspecto interesante de este texto es el análisis que ofrece de las políticas de memoria y de su importancia en la constitución de subjetividades y así de sujetos sociales, cosa que hace en referencia tanto al trabajo simbólico de las comunidades, como de las industrias culturales y de los creadores y otros involucrados en la producción, circulación y consumo del folklore y del rock. El enfoque previene de cualquier tentación de dicotomizar y oponer las creaciones populares a las de las industrias culturales y, al contrario, examina sus entrecruzamientos.

Pero el tema de la memoria es foco principal del artículo de Elizabeth Jelin (2001), quien analiza la relación entre exclusión social, políticas de memoria y luchas políticas basándose particularmente en experiencias recientes en el Cono Sur. Entre otros aspectos de interés, este artículo ofrece reflexiones acerca del compromiso emocional y ciudadano de los investigadores con el tema y con los sujetos sociales involucrados. Adicionalmente, el texto elabora teóricamente sobre las relaciones entre las políticas de memoria, las construcciones identitarias y la constitución de sujetos sociales, y también sobre el papel de las políticas de memoria en la búsqueda de comunidad y pertenencia, y así de reconocimiento de

la condición humana, y del establecimiento de instituciones sociales que la garanticen en el marco de las tensiones entre los principios de igualdad y diferencia. Un aspecto interesante de este artículo que lo vincula directamente con el de Martín Barbero y Ochoa (2001) es la advertencia formulada por la autora en el sentido de no contraponer “memorias colectivas comunitarias” y “memoria pública mediática” como si las primeras fueran lo bueno y puro contrapuesto a lo exógeno y manipulador.

La elaboración teórica sobre el tema de la memoria ofrecida en el artículo de Elizabeth Jelin (2001) encuentra un buen complemento en el artículo de Yolanda Salas (2001) dedicado al estudio de un ejemplo muy interesante de “dramatización social y política del imaginario popular”, al que la autora también llama “memoria colectiva popular” y “memoria histórica colectiva”: el del “bolivarismo” en Venezuela. Esta aproximación, que se sitúa en el análisis del campo de construcción social y simbólica de la historia oral, de sus usos políticos y de las mediaciones a través de los medios de comunicación de masas, resulta reveladora para comprender la dinámica social y política de la Venezuela contemporánea, en la cual el culto al héroe nacional Simón Bolívar y las disputas en torno a la interpretación de la historia han adquirido particular importancia en la construcción y legitimación del liderazgo del presidente Hugo Chávez. Pero el texto de Yolanda Salas no sólo aporta elementos sumamente significativos para comprender el momento histórico actual de la sociedad venezolana, sino que además, como los de Jelin (2001), García (2001) y Barbero y Ochoa (2001), y más aún, junto con ellos, aporta significativamente a la elaboración teórica sobre el papel de la memoria social y de las políticas de memoria en los procesos de transformaciones sociales.

Otro artículo que se relaciona con el tema de la memoria es el de Jesús “Chucho” García (2001), el cual tiene además varias particularidades que me parece interesante destacar. En primer lugar está el hecho de que este artículo sobre la experiencia de las comunidades afroamericanas y sus organizaciones está escrito por quien se autoidentifica como un “militante del movimiento afro internacional” y, más específicamente, como un “afrolatinoamericano”. En segundo lugar, porque podría decirse que este texto está escrito desde “dentro”, por cuanto el autor escribe desde su propia experiencia como intelectual-activista de ese movimiento afro, y sobre su propia experiencia, la de la organización que lidera y las de otras organizaciones semejantes con las cuales sostiene relaciones de trabajo. Estos elementos acerca del autor resultan de interés para apreciar mejor su análisis/testimonio acerca del desarrollo reciente de la formación de una autoconciencia “afrosudamericana y afrocaribeña” –diferenciada, según él apunta, de la “afroamericana” de Estados Unidos– resultado del proceso desarrollado por líderes y organizaciones de base que se han dedicado a estudiar la historia y procesos contemporáneos de esas comunidades, así como a luchar por su mayor participación en la vida política y económica de las naciones de las que forman parte.

El artículo de Jesús “Chucho” García destaca reiteradamente la importancia que ha tenido la investigación histórica en el proceso de autorreconocimiento de las comunidades afro. Es decir, nos habla de políticas de memoria en la producción de representaciones identitarias, lo cual vincula este trabajo tanto al de Jelin (2001) como al de Martín Barbero y Ochoa (2001), y por otra parte al mío propio (Mato, 2001). Otro aspecto del artículo de García que también lo vincula directamente con los dos mencionados en último término es que pone de relieve la importancia de los actores globales.

En efecto, mi artículo (Mato, 2001) analiza cómo en la actualidad la producción de representaciones sociales de ideas de “identidad”, “sociedad civil” y otras relacionadas por parte de actores sociales significativos (por ej.: organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.), se relaciona de diversas maneras no sólo con su participación en contextos sociales del propio país, sino también y muy significativamente con su participación en redes de relaciones transnacionales a través de las cuales se vinculan tanto con actores locales de otros países como con actores globales. Esto no implica que tales actores locales adopten sin más las representaciones sociales que promueven los actores globales, sino que las elaboran en el marco de esas relaciones transnacionales. El resultado es que las representaciones que orientan sus acciones se relacionan de manera significativa, pero de formas diversas, con las de los actores globales. Si bien en algunos casos esto supone la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otros implica rechazo o resistencia, negociación o apropiación creativa.

El libro incluye tres artículos que desde diferentes ángulos reflexionan sobre el quehacer de comunidades intelectuales y sobre la producción teórica. Mencionaré en primer término el artículo de Nelly Richard (2001), el cual entre otras cosas señala que la globalización también atañe a saberes y teorías, y que en este ámbito también existen relaciones de poder, conflictos, resistencias y apropiaciones. Pero señala que no obstante, el impacto de los *Cultural Studies* británicos y estadounidenses en el ámbito de las universidades latinoamericanas puede ser provechoso para debilitar algunas actitudes academicistas temerosas de las relaciones con actores extra-universidad. Enfatiza la necesidad y conveniencia de trascender la academia y vincularse aun más con movimientos sociales, así como de valorar otros tipos de saberes, no-académicos. En conexión con esto evalúa bondades y limitaciones de la tradición latinoamericana de Crítica Cultural, y enfatiza que ni los *Cultural Studies* ni la Crítica Cultural cancelan la pregunta de cómo resolver las tensiones entre trabajo académico y práctica intelectual. Así, tras ofrecer algunas consideraciones semejantes a las que yo mismo esboqué al principio de estas páginas acerca de las diferencias entre estos tipos de prácticas en América Latina y en las sociedades metropolitanas, concluye invitándonos a intervenir en los debates públicos y a diseminar significados de resistencia y oposición a la globalización neoliberal.

El artículo de Néstor García Canclini (2001) parece responder claramente a esta invitación de Nelly Richard cuando ensaya una crítica al sentido común construido a partir del “pensamiento único de los economistas neoliberales” que se ha impuesto por todo el planeta, y acerca del cual sostiene que pretende explicar todo en términos de relaciones de mercado. Esto lo conduce a afirmar que se hace indispensable la tarea cultural de repensar los significados, aceptando la complejidad de las interacciones globales, y de rediscutir la autonomía de los campos culturales, políticos, económicos, y sus necesarias interconexiones. Pero la propuesta de crítica de García Canclini al sentido común no se detiene allí, sino que además señala la necesidad de criticar también el de algunos “especialistas en estudios culturales (...) que intentan simplificar ese desorden [el que se relaciona con la globalización y las hibridaciones culturales] buscando en una posición subordinada (la subalternidad, la condición postcolonial o algún discurso minoritario) el observatorio alternativo que dará la clave para ya no tener que asombrarse de lo que resulta difícil entender” (2001).

Finalmente, el artículo de Gustavo Lins Ribeiro (2001) también está en diálogo con el de Richard (2001). En efecto, Ribeiro también reflexiona respecto del impacto en América Latina de teorías y conceptos provenientes de la academia de habla inglesa, y señala que la diseminación de teorías está marcada por relaciones de poder. Pese a esto, él no propone una posición chauvinista ni nativista, sino que sugiere que la transfertilización es siempre positiva, y en tal sentido se plantea un diálogo crítico tanto con los *Cultural Studies* como con las teorías postcoloniales, para acabar proponiéndonos la idea de “postimperialismo”. Según explica, con este término procura apropiarse combinadamente “de las reverberaciones políticas asociadas al término imperialismo” y “de las reverberaciones críticas asociadas al término postcolonialismo”. Adicionalmente señala que este término es más apropiado que el de globalización para designar el momento histórico actual del desarrollo capitalista, y concluye proponiendo lo que él denomina un programa de investigación de crítica postimperialista, orientado a revertir el flujo colonialista y consecuentemente encaminado a estudiar la sociedad estadounidense con perspectiva latinoamericana.

No es posible concluir estos comentarios sin señalar la ausencia de algunos temas que deberían haber sido tratados en este libro. Me refiero particularmente al análisis de lo cultural de lo político y de lo político de lo cultural en relación con la experiencia de tres movimientos sociales significativos en América Latina: el feminista, el indígena y el de los derechos ciudadanos. Al respecto es menester señalar que el tratamiento de esta relación a partir de la experiencia del movimiento feminista era el tema que iba a tratar Ximena Machicao, del Centro de Información y Desarrollo de la Mujer, en La Paz, Bolivia, pero lamentablemente esta colega se vio obligada a dejar el Grupo de Trabajo para atender compromisos directamente relacionados con su actividad militante cuando ya era demasiado tarde para buscar quien tomara la responsabilidad de escribir un texto sobre

este tema tan importante. Por otra parte, como ya fue explicado en la Presentación de este libro, las ponencias que presentaron en la reunión del Grupo de Trabajo los colegas Esteban Emilio Mosonyi (1999) y Evelina Dagnino (1999) estaban relacionadas con las experiencias del movimiento indígena y el de ciudadanía, pero lamentablemente por razones ajenas a su voluntad estos colegas no pudieron preparar los respectivos artículos para el libro. Sin embargo, su participación en la reunión fue muy importante: la consideración de sus ideas referidas a dichas experiencias forma parte de las elaboraciones del grupo, e incluso aspectos de sus ponencias son comentados en algunos de los artículos de este libro. Así, aunque finalmente ausentes aquí, pienso que es necesario hacer énfasis en la importancia de esas experiencias sociales y de esos temas en los estudios latinoamericanos contemporáneos sobre cultura y transformaciones sociales en el contexto de los procesos de globalización. Obviamente, hay otros temas significativos que están ausentes en este libro, demasiados para enumerarlos: aquí sólo he mencionado los que estaba previsto incluir.

En mi opinión, los artículos incluidos en este volumen contribuyen desde diversos ámbitos de experiencia, y así también a partir de diversos temas, a teorizar con vocación de intervención acerca de transformaciones sociales en tiempos de globalización. Y me parece conveniente destacar que lo hacen desde perspectivas que ponen de relieve la importancia y significación de los aspectos simbólicos de las prácticas de los actores sociales, y de las posibilidades de intervención. Se me ocurre que una buena forma de finalizar estas páginas es entonces no con un cierre, sino con una apertura. O, para decirlo más claramente, con una invitación a los lectores a que integren estas contribuciones con las de otros autores y con las suyas propias, en la perspectiva de avanzar más en estas direcciones, con estos sentidos, buscando aportar a la construcción de sociedades más justas, más acordes con lo que podemos imaginar que es propio de la condición humana.

Bibliografía

- Ardao, Arturo 1980 *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”).
- Arizpe, Lourdes 2001 “Cultura, creatividad y gobernabilidad”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- Dagnino, Evelina 1999 s/t Papel de Trabajo presentado en la 1^{ra} reunión del Grupo de Trabajo *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) 11 al 13 de Noviembre.
- García, Jesús “Chucho” 2001 “Comunidades afroamericanas y transformaciones sociales”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- García Canclini, Néstor 1996 “Cultural Studies Questionnaire”, en *Journal of Latin American Studies* (Londres) Vol. 5, Nº 1, 83-87.
- García Canclini, Néstor 1998 “Introducción: El diálogo norte-sur en los estudios culturales”, en *Consumidores y Ciudadanos* (México: Grijalbo).
- García Canclini, Néstor 2001 “Definiciones en Transición”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- Hopenhayn, Martín 2001 “¿Integrarse o subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- Jelin, Elizabeth 2001 “Exclusión, memorias y luchas políticas”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- Lins Ribeiro, Gustavo 2001 “Post-Imperialismo: para una discusión después del post-colonialismo y del multiculturalismo”, en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).
- Martín Barbero, Jesús 1997 “Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes que esta etiqueta apareciera”, entrevista publicada en *Dissens* (Tübingen, Alemania) Nº 3, 47-53.
- Martín Barbero, Jesús y Ana María Ochoa Gautier 2001 “Políticas de multiculturalidad y desubicaciones de lo popular”, en Mato, Daniel (compilador)

Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización (Buenos Aires: Clacso-Asdi).

Mato, Daniel 1995 *Crítica de la Modernidad, Globalización y Construcción de Identidades* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).

Mato, Daniel 1998 "On the Making of Transnational Identities in the Age of Globalization: The U.S. Latina/o-'Latin' American Case", en *Cultural Studies* (Londres) Vol. 12, Nº 4, 598-620.

Mato, Daniel 1999 "Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización" Papel de Trabajo presentado en la 1ª reunión del Grupo de Trabajo *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) 11 al 13 de Noviembre. Esta ponencia está disponible en:

http://www.geocities.com/global_cult_polit/CLACSO1999.html

Una versión revisada y ampliada de la sección de esta ponencia sobre "Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Poder" está disponible en:

http://www.crossroads-conference.org/Daniel_mato_speech.html; y en:

http://www.geocities.com/global_cult_polit

Mato, Daniel 2001 "Producción transnacional de representaciones sociales y cambio social en tiempos de globalización", en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).

Mignolo, Walter 1997 "Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos", en *Dissens* (Tübingen, Alemania) Nº 3, 1-18.

Mosonyi, Esteban Emilio 1999 "Etnicidad y política: la etnicización de la política y la politización de las etnias" Papel de Trabajo presentado en la 1ª reunión del Grupo de Trabajo *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) del 11 al 13 de Noviembre.

Richard, Nelly 2001 "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana", en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).

Salas, Yolanda 2000 "La dramatización social y política del imaginario popular: el fenómeno del bolivarismo en Venezuela", en Mato, Daniel (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: Clacso-Asdi).

Notas

1 Walter Mignolo (1997) formula un interesante análisis cuya lectura puede complementar lo aquí expuesto acerca de la idea de “estudios latinoamericanos”. He expuesto más ampliamente sobre la historia y representaciones contemporáneas de la idea de América Latina, así como acerca de algunos problemas asociados a éstas en algunas publicaciones anteriores (véase Mato, 1995 y 1998). Para un documentado estudio sobre los orígenes de la idea y el nombre de América Latina véase el libro de Arturo Ardao (1980).

2 Expongo de manera más desarrollada estas ideas en la mencionada ponencia (1999), y en especial en la conferencia plenaria que ofrecí en la 3rd International Crossroads in Cultural Studies Conference, celebrada en Birmingham del 21 al 25 de junio de 2000, cuyo texto está aún en revisión para su publicación, pero de todos modos disponible en:

http://www.geocities.com/global_cult_polit; y en:

http://www.crossroads-conference.org/Daniel_mato_speech.html